

En las casi 650 páginas que envuelven la trama ágil y zizagueante de esta novela, continuación de "El topo", el autor nos presenta su visión de los meses preliminares a la liquidación de la guerra indochina. La ambientación de esta última batalla por el dominio de Asia queda como uno de los mejores logros de "El honorable colegial". Naturalmente, Le Carré no escribió de oídas, y necesitó varios viajes y multitud de entrevistas para captar la atmósfera que describe.

Sin embargo, en "El honorable colegial", el escritor británico ha aportado poco con respecto a lo escrito en sus obras anteriores, y no ha conseguido batir su propia marca de "El topo".

La perfección del montaje formal y el engranaje de la acción se disocian al final de la historia, para llegar a un desenlace un tanto incoherente y apresurado. El alumbramiento no responde a la calidad de la gestación. Da la sensación de que Le Carré agotó sus magníficos recursos antes de tiempo, y prefirió dejar la novela sin rematar a repetirse demasiado. Si es así, ha hecho bien. No añade gran cosa, pero al menos nada quita; y como Smiley —el supercerebro rechoncho, tímido y miope, de su universo de espías— tendrá que intentar otra vez rizar el rizo. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

Más sobre la alienación

He aquí un nuevo libro sobre la alienación. Lo componen varios trabajos extraídos de distintas revistas de sociología y en todos los cuales aflora idéntica preocupación. Hasta el punto de que uno tiene a veces la impresión del "déjà lu". Lo que ocurre, sin embargo, es que unos trabajos complementan o remiten a otros, y este hecho explica lo que puede parecer a veces reiteraciones. El libro es, en cualquier caso, una interesante discusión de dos conceptos tan ricos y complejos, pero también tan ambiguos como son el marxiano de "alienación" y el durkheimiano de "anomia". Y la preocupación fundamental a que nos referíamos antes —efe de los trabajos— no es otra que la de demostrar el carácter igualmente ideológico de la llamada socio-

logía "libre de valores", en la que estos últimos, lejos de desaparecer, se transforman, como señala perfectamente John Horton, en una dirección conservadora (1).

Sea como fuere, el problema de la ambigüedad del concepto marxiano de "alienación" está lejos de haber sido resuelto. La "alienación" supone una pérdida respecto de algo que se considera ideal y que podría ser una supuesta esencia humana. O im-

(1) Para acabar con la alienación. Trabajos de Daniel Vidal, Dominique Maison, John Horton, Menachen Rosner, Vittorio Rieser, José C. Castillo y Carlos Marx, presentados por Juan José Castillo. Taller de Sociología. Madrid, 1978.

plica la creencia en ciertos valores, positivos, como, por ejemplo, la libertad, la creatividad, la capacidad de decisión sobre los medios y los fines del propio trabajo, etc. Tal es la dimensión utópica radical de Marx, que aparece en primer plano en su temprana producción filosófica y cuyos ecos se prolongan a lo largo de toda la obra, económica, de la madurez.

Pero la alienación, y ésta es una nueva raíz de complejidades, puede ser tanto una situación objetiva —dependiente de la estructura misma de las relaciones de producción— cuanto una experiencia subjetiva: el modo en que la conciencia advierte o

deja de advertir esa situación objetiva.

Fiel a su conservadurismo social, el autor de *Las reglas del método sociológico* (2) no veía la sociedad como mera prolongación de los sujetos individuales, sino como una realidad autónoma y superior a éstos. De ahí que, para Durkheim, el problema sea inverso a como se le presenta a Marx: la pérdida no corresponde a la persona, sino a la sociedad, que no ejerce ya el viejo control moral sobre los individuos. El egoísmo, la búsqueda del éxito individual conducen inevitablemente a la anomia.

(2) Acaba de editarse en Akal, en traducción de Antonio Ferrer y Robert.



"Morir por Andalucía"

A los que, por circunstancias personales de residencia habitual o profesionales de motivación informativa, nos tocó vivir de cerca los sucesos de la primera semana de diciembre del año pasado, en Málaga, será difícil que se nos desvanezca en la memoria el recuerdo de unas jornadas dantescas que sirvieron, una vez más, para que el rito de la violencia y la provocación concluyese con la sangre, literalmente derramada, de un nuevo inocente.

Y muchos, muchos puntos oscuros, que permanecen sin aclarar satisfactoriamente y que se refieren a las circunstancias preliminares de lo que sin exageración puede calificarse como de verdadera tragedia ciudadana hasta los extremos que más de cerca se relacionan con la muerte de Manuel García Caparrós.

Son precisamente todos estos aspectos, además de una minuciosa descripción de los hechos, los que aborda "Morir por Andalucía" (1), obra conjunta de cinco personas —J. de Dios Mellado, Rafael Rodríguez, J. A. Barber, R. Sa-

las y V. Almenara—, que constituyen el colectivo Equipo 4 de Diciembre.

Más de doscientas páginas, entre las que se incluyen algunos documentos gráficos de indudable valor, sirven para que los autores nos sitúen en el escenario de los acontecimientos y en el posterior desarrollo de los mismos, y todo con un estilo rigurosamente periodístico, en el que las concesiones a lo subjetivo son mínimas. Especial valor tiene la transcripción literal —parcialmente publicada en algún semanario de información general— de las conversaciones mediante radio de las unidades de Orden Público.

Una antología de los textos aparecidos en la prensa nacional y extranjera sobre los sucesos, y un resumen de los debates parlamentarios que tuvieron lugar con posterioridad y de los que salió aprobada la decisión de nombrar una comisión investigadora completan la información de primera mano, que deja, no obstante, en el aire una pregunta esencial que los malagueños no han cesado de formularse en los meses transcurridos: ¿Quién mató, realmente, a José Manuel García Caparrós? ■ FRANCISCO LOPEZ BARRIOS.

(1) Morir por Andalucía. Equipo 4 de Diciembre. Edit. ATE. Barcelona, 1978.